

Peñalosa en época romana. Más allá de un poblado argárico del Alto Guadalquivir (Baños de la Encina, Jaén) ¹

LUIS ARBOLEDAS MARTÍNEZ
JULIO M. ROMÁN PUNZÓN
JUAN JESÚS PADILLA FERNÁNDEZ
Universidad de Granada²

RESUMEN

El yacimiento de Peñalosa es conocido sobradamente en la bibliografía arqueológica como un poblado argárico del Alto Guadalquivir de nueva planta vinculado a la producción del metal de cobre. Sin embargo, desde las primeras campañas de excavación llevadas a cabo a finales de la década de los años 80 se constató la existencia de evidencias de otras dos fases de ocupación posteriores que han sido obviadas prácticamente por la investigación; una de época romana y otra de época altomedieval. Por ello, en este trabajo presentamos un primer análisis tipo-morfológico y contextual de los restos inmuebles y muebles de época romana exhumados durante las últimas campañas de excavación realizadas en Peñalosa, en los años 2005, 2009 y 2010. Su estudio ha permitido proponer unas primeras hipótesis acerca de la función y tipología de este yacimiento que hemos fechado en época romano-republicana y alto imperial, y de cómo se estructuraría el poblamiento en la cuenca del río Rumblar.

PALABRA CLAVE: Alto Guadalquivir, Peñalosa, época romana republicana y alto imperial, poblamiento, Cuenca del río Rumblar.

ABSTRACT

The site of Peñalosa is well known throughout archaeological bibliography as a new Argaric settlement the Upper Guadalquivir basin whose main economical basis was copper production. Since the eighties the existence of two more phases has been proven, one of them being Roman and the other Medieval. Specifically, in this work we present a first contextual and type-morphological analysis regarding the totally of the Roman record registered during the last campaigns, which were carried out in 2005, 2009 and 2010. Their study allow us to elaborate theories that would explain two essential questions, the exact functionality of this site and its relationship with the Roman landscape of the Rumblar basin.

KEY WORDS: Upper Guadalquivir, Peñalosa, Republican Roman age and Imperial High, population, Rumblar basin.

INTRODUCCIÓN

El Alto Guadalquivir y la cuenca del Rumblar

La región del Alto Guadalquivir a lo largo de la historia ha sido un enclave idóneo para las relaciones entre las

distintas comunidades del Sur y Centro peninsular, ya que se trata de una zona de paso y de encrucijada de caminos entre la Meseta y el Levante con Andalucía, a través del importante paso de Despeñaperros y otros caminos secundarios. Este es el caso de la zona meridional de Sierra Morena

1) El presente trabajo es el resultado de las últimas campañas de excavación de la segunda fase del Proyecto Peñalosa (2001-2011), financiado por la Dirección General de Bienes Culturales de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía. A su vez, éste se enmarca dentro del Proyecto I+D+i "La minería en el Alto Guadalquivir. Formas de construcción histórica en la antigüedad a partir de la producción, consumo y distribución de los metales" HAR2011-30131-C02-01, del Ministerio de Economía y Competitividad.

2) Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada, Facultad de Filosofía y Letras, Campus de Cartuja, s/n, 18071, Granada (arboledas@ugr.es; romanp@ugr.es; jjpadillafernandez@correo.ugr.es)

y la Depresión Linares-Bailén donde se observa una clara conexión con la Meseta a través de los ríos Grande y Pinto (que en su confluencia conforman el Rumblar), Jándula y Guadalén (Contreras, 2000: 30). En este sentido, desde época antigua la ciudad de Cástulo jugó un papel fundamental como principal centro de esta zona donde confluían tanto los caminos secundarios procedentes de las zonas mineras y agrícolas circundantes, como las importantes calzadas que conectaban el Levante y Sureste peninsular con la Baja Andalucía (vía Hercúlea o Camino de Aníbal,

Augusta, vías Cástulo-Malaca, Cástulo-Sisapo y Cástulo-Oreto) (Arboledas, 2010).

Estas tierras de la Alta Andalucía se caracterizan además por la existencia de importantes recursos mineros metálicos, fundamentalmente cobre y plomo-plata, que fueron objeto de deseo desde la antigüedad y uno de los principales factores de la llegada a esta región del interior de diferentes poblaciones del Mediterráneo. Concretamente, hasta el momento en la cuenca del río Rumblar se han constatado dos importantes fases de ocupación, una durante la Edad

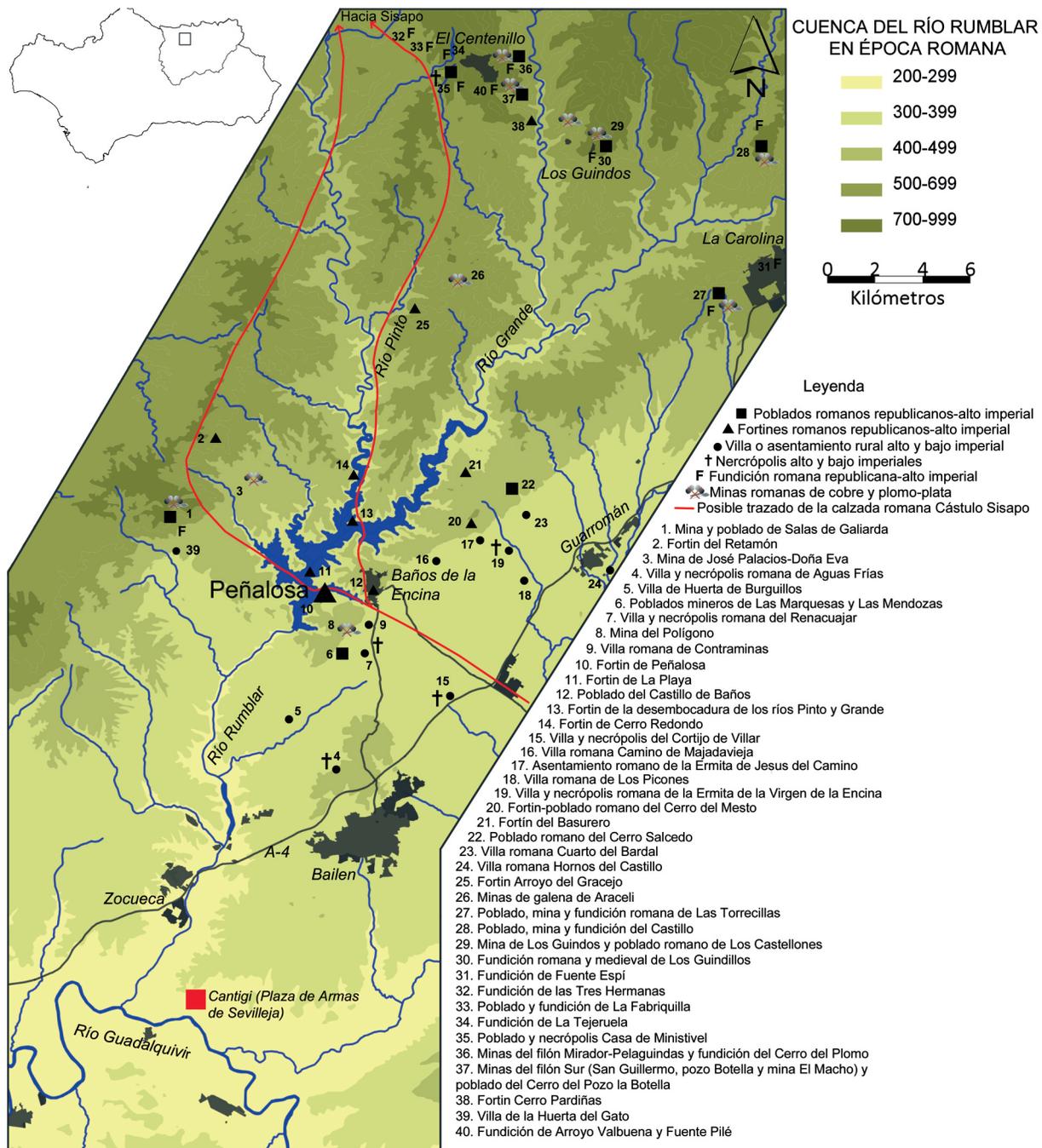


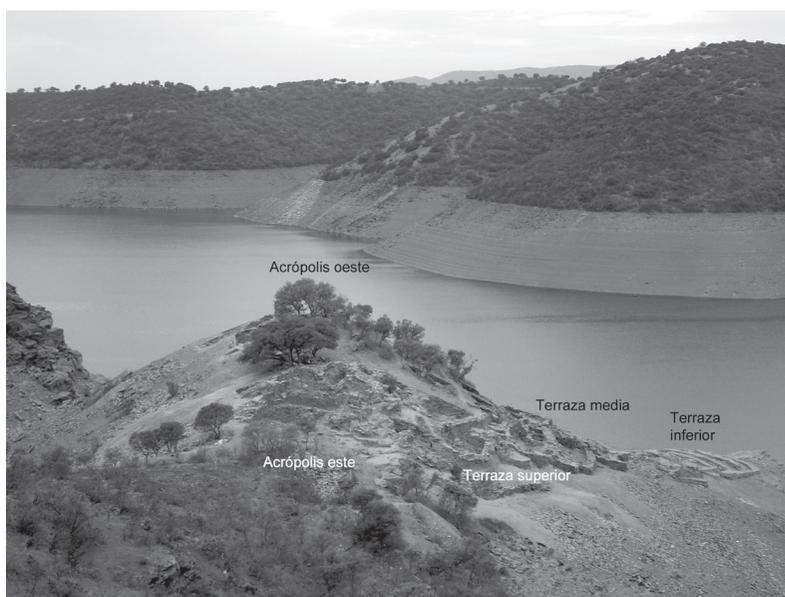
Fig. 1: Mapa de localización de Peñalosa y dispersión de los yacimientos y minas romanas de la cuenca del río Rumblar.

del Bronce y otra en época romana, las cuales han estado vinculadas directamente con la explotación de las minas y la producción de metales³. La primera de las etapas se iniciaría en torno a 1800 a.C. momento en el que se asiste a una auténtica “colonización” de la cuenca del Rumblar con la construcción *ex novo* de numerosos poblados, de extensiones bien distintas, en lugares donde antes no había existido población, siguiendo el patrón de asentamiento “típico” de la Cultura del Argar en cerros escarpados y con un gran control visual. Ejemplo de ello son los yacimientos del Cerro de las Obras, Los Castellones, La Verónica o el mismo Peñalosa. Aunque éstos están vinculados a la metalurgia del cobre, su distribución, según las últimas investigaciones llevadas a cabo por investigadores del Proyecto Peñalosa, parece que su ubicación no estaría relacionada con la localización espacial de las minas y su explotación, sino más bien con el control del territorio y la producción y distribución del metal (Jaramillo, 2005).

Tras este periodo de intensa ocupación y después de un abandono repentino de estos poblados a finales de Edad del Bronce (Bronce Tardío), esta cuenca no se volverá a poblar hasta época romana y nuevamente estaría vinculada a la explotación de las minas y producción de cobre y plata-plomo. En este momento, el patrón de asentamiento será muy similar al del periodo anterior, salvando las distancias, con la construcción de numerosos poblados mineros, fundiciones y pequeños fortines (Fig. 1). Para ello, los romanos eligieron en muchas ocasiones los mismos cerros donde se encontraban los restos de los yacimientos argáricos. Los mejores ejemplos los encontramos en los yacimientos de Los Castellones (El Guindo), Las Torrecillas (La Carolina) y el mismo Peñalosa, objeto de este trabajo, en el que se han documentado tres fases de ocupación, la primera y más importante, de la Edad del Bronce, y las otras dos, de época romana y altomedieval.

Acerca de Peñalosa

El yacimiento de Peñalosa se sitúa en la cuenca media del río Rumblar, en la margen derecha del embalse del mis-



Lám. 1: Vista panorámica de Peñalosa (Proyecto Peñalosa).

mo nombre, a escasos 700 metros al Este de la población de Baños de la Encina, dentro de las primeras estribaciones de Sierra Morena oriental (Fig. 1). Hasta el momento, éste es el poblado argárico mejor conocido de todo el sur peninsular ya que ha sido objeto de una excavación sistemática desde 1986 hasta el 2011⁴ llevada a cabo por un equipo de arqueólogos del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada en el marco del proyecto de investigación “Proyecto Peñalosa (fase 1 y 2): Las sociedades estratificadas de la Edad del Bronce en el Alto Guadalquivir” (Contreras, 2000; Contreras y Cámara, 2002; Contreras *et al.*, 2004; 2010; en prensa)⁵.

Peñalosa se asienta en un espolón escarpado de pizarra, con forma de lengua y de gran uniformidad morfológica, el cual está delimitado y defendido naturalmente en todos sus flancos por accidentes naturales (el arroyo Salsipuedes y un impresionante desfiladero al oeste y sur, y el río Rumblar al norte), excepto la vertiente Este, para lo que los argáricos construyeron una gran muralla salpicada de bastiones (Lám. 1). Las viviendas se disponen en la ladera norte y sur de forma aterrazada siguiendo las curvas de nivel del cerro, con una zona amesetada en la parte superior, aún más fortificada que el resto, a modo de acrópolis (Contreras 2000: 34-39; Contreras y Cámara,

3) A estas fases deberíamos sumar otra de menor intensidad que se adscribiría a época altomedieval y de la que se han documentado yacimientos en altura y pequeños asentamientos asociados a la ganadería y a la agricultura intensiva de pequeñas zonas en el interior de la sierra (Arboledas, 2010).

Asimismo, también debemos señalar, por un lado, evidencias de ocupación del Paleolítico y Neolítico en la cuenca baja del Rumblar, sobre todo, en su conexión con el río Guadalquivir (Sevilleja), y por otro lado, la presencia de yacimientos de época Calcolítica, fundamentalmente, en el piedemonte de Sierra Morena, como el propio Castillo de Baños de la Encina o el Cerro del Tambor (Baños de la Encina) los cuales parece que también tuvieron una vinculación con la explotación y transformación de los minerales de cobre de las minas cercanas, como la mina del Polígono (Lizcano *et al.* 1990; Arboledas y Contreras, 2010).

4) Hasta el año 2011 se han realizado nueve campañas de excavación distribuidas en dos fases: la primera, desde 1986 a 1991 (1987, 1987, 1989 y 1991) (Contreras, 2002; Contreras y Cámara, 2002) y la segunda desde 2001 hasta 2011 (2001, 2005, 2009, 2010 y 2011) (Contreras *et al.*, 2004; 2010; en prensa; Moreno *et al.*, 2008; Alarcón, 2010).

5) Este proyecto de investigación, subvencionado por la Dirección General de Bienes Culturales de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, ha constado de dos fases: la primera fase, desde 1985-1992, estuvo co-tutelada por Francisco Contreras Cortés, Marcelino Sánchez Ruiz y Francisco Nocete Calvo; y, por su parte, la segunda fase, desde 2001 hasta 2011, ha estado co-dirigida por Francisco Contreras Cortés y Juan Antonio Cámara Serrano.

2002: 7). El urbanismo del poblado se completa con una gran cisterna en la parte más baja que recogería el agua de lluvia, tanto para el consumo humano y animal como para los diferentes trabajos artesanales desarrollados en el interior del mismo (Moreno *et al.*, 2008).

A tenor del registro arqueológico documentado, la actividad más extendida desarrollada por los habitantes argáricos de este poblado fue la explotación y transformación de los recursos mineros cupríferos del valle en metal, constatándose todo el proceso minero y metalúrgico, desde la extracción del mineral (minas del Polígono y José Palacios), hasta la reducción, la fundición y la fabricación de útiles y lingotes de cobre (martillos, escoria, vasijas-horno, crisoles, gotas de metal, objetos, etc.) en casi todos los espacios habitacionales. Evidentemente, en las diferentes estancias domésticas también se han constatado otras actividades productivas básicas para la subsistencia y la vida cotidiana, como la actividad textil o la producción de alimentos (agrícolas, ganaderos y de caza), si bien la actividad metalúrgica predomina en todo el yacimiento, impregnando todos los espacios y conviviendo con el resto de actividades (Alarcón García, 2010).

Como hemos señalado, Peñalosa ha sido y es conocido por la literatura científica y divulgativa como un poblado argárico unifásico. Si bien, la realización de las primeras cuatro campañas de excavación, entre 1986 a 1991, permitió definir ya por primera vez la existencia de otras dos fases de ocupación desconocidas hasta ese momento, además de las diferentes subfases constructivas de la Edad del Bronce (Fase IIIA, IIIB y IIIC). La primera y más reciente, la Fase I, correspondería a época medieval y se pudo documentar gracias a la existencia de una zanja de enterramiento donde se había depositado una urna. La Fase 2 se asociaría a época romana que igualmente se encontraba escasamente representada. Únicamente se documentó, por un lado, material cerámico muy rodado procedente de los niveles superficiales de la ladera norte, producto de la erosión natural de la parte superior del cerro y, por otro, una zanja de forma ovalada, de 6 m por 3.60 m de lado, en el CE VIIa (Terraza Superior) la cual cortó los estratos sedimentarios de la Edad del Bronce y cuyo relleno contenía abundante material cerámico romano (Alarcón García, 2010: 775; Contreras, 2000: 60).

Asimismo, en estos primeros años, tras la limpieza superficial de las estructuras de la acrópolis se planteó ya la posibilidad de que algunos restos de las construcciones exhumadas fueran de época romana, hipótesis que ha podido ser corroborada en parte *a posteriori* en las últimas campañas de excavación (2005, 2009, 2010 y 2011). Concretamente, durante las intervenciones de los últimos años se ha constatado cerámica de época ibero romana asociada a diferentes estructuras, principalmente zanjas, que se concentraban fundamentalmente en la terraza superior y en la parte alta del cerro, el área naturalmente mejor defendida y con mayor control del territorio (Contreras *et al.*, en prensa).

Por tanto, ante el aumento cuantitativo y cualitativo de material arqueológico de época romana presente en Peñalosa nos planteamos desde un principio la necesidad de realizar un estudio exhaustivo de dichos restos, cuyos

resultados presentamos a continuación, con el objetivo de caracterizar qué tipo de asentamiento se instaló en este espolón, su cronología y función. Para ello hemos llevado a cabo un estudio tipológico y contextual-estratigráfico pormenorizado de la cultura material mueble recuperada en las últimas campañas de excavación (2005, 2009 y 2010), fundamentalmente cerámica y algún elemento metálico, así como de las estructuras vinculadas a la misma.

PEÑALOSA EN ÉPOCA ROMANA

La fase romana de Peñalosa (Fase II) que ya se identificó tras las primeras campañas de excavación, como hemos señalado, se documenta fundamentalmente en la zona más elevada del cerro y parte superior de la ladera sur, denominada como Acrópolis Oeste, gracias sobre todo a la sexta campaña de excavación realizada, entre el 2005 y 2006, que tuvo como objetivo principal definir el urbanismo argárico de dicha área (Contreras *et al.*, 2010; Contreras *et al.*, en prensa). Concretamente, como veremos a continuación, de esta zona y de la definida como Acrópolis Central-Oeste procede el grueso de la cultura material de época ibero romana documentada en este yacimiento (Cortes 1, 9, 25, 35, 36, 37, 38, 40, 41, 42, 50 y 53). Asimismo, las escasas estructuras conservadas de la fase romana se localizan en esta área, a excepción de las zanjas documentadas en la ladera sur (Corte 2) y en la norte (Corte 3). Toda esta superficie se ha visto afectada por episodios sucesivos y puntuales de degradación antrópica (hoyos de expoliadores, construcción de presa, etc.), cuando no de erosión natural en diferente grado, que han mermado sustancialmente la información obtenida y, por tanto, el estudio arqueológico de esta área.

Por su parte, en las dos vertientes por las que se extiende el poblado argárico también se localiza material cerámico en los niveles superficiales aunque éste se encontraba muy rodado (Cortes, 2, 3, 14, 32, 33, 43 y 44) ya que procedería de la erosión de la parte superior. Sin embargo, el porcentaje de cerámica en estas zonas es mucho menor que el documentado en la cima del cerro, aumentando su número progresivamente conforme nos aproximamos a la corona del mismo y a la terraza superior.

A nivel general, debemos señalar que hasta el momento, todo el material estudiado y, sobre todo, el procedente de las laderas se caracteriza por encontrarse en mal estado de conservación debido a los procesos postdeposicionales (naturales y antrópicos) y a la acción del agua del pantano, que cubre parte de este yacimiento. Esto ha dificultado en gran medida su estudio; aún así se ha podido llevar a cabo un detallado análisis tipológico y contextual tanto de la cerámica como de los elementos metálicos recuperados en cada uno de los sectores excavados, el cual presentamos en los siguientes apartados.

Las producciones cerámicas de Peñalosa

Debido a las condiciones de recuperación de los conjuntos cerámicos anteriormente aludidos, con escasa fiabilidad estratigráfica en su gran mayoría al ser procedentes de niveles superficiales, con gran mezcla de materiales cerámicos de diversas épocas, el análisis que a continuación

se expone no parte con altas pretensiones; básicamente se trata de mostrar el repertorio exhumado con el objeto de contribuir al establecimiento de las fases o momentos de ocupación del yacimiento de Peñalosa.

Para ello, hemos decidido realizar nuestro análisis por producciones cerámicas, realizando un breve análisis cuantitativo de las producciones halladas. En total, se han estudiado unos 628 fragmentos cerámicos, con los cuales se ha podido individualizar 68 ejemplares (a partir de bordes y fondos).

a) Cerámica ibérica pintada

A este tipo cerámico corresponde el 6 %, aproximadamente, de todos los fragmentos cerámicos recuperados de esta fase de época ibero-romana del yacimiento. Se trata en su mayoría de amorfos con algún tipo de decoración pintada; en todos los casos, con franjas y líneas de colores ocre o granate, correspondiente generalmente a grandes

recipientes, tipo *pithoi*, o vasos de diverso perfil. Así, destacamos las siguientes⁶ (Fig. 2):

- 43056: Gran tinaja pithoide, de borde engrosado, similar a las del grupo 52000 del Cerro de la Cruz (Almedinilla, Córdoba) (Vaquerizo *et al.*, 2001: 193-194, fig. 57b). Al exterior, debió de tener pintura granate, que se intuye levemente, pero que ha desaparecido.
- 36071-3: Vasito o copa de borde vuelto, con cuello estrangulado.
- 42102: Vaso con galbo cilíndrico, cuello estrangulado, base rehundida y sin asas. Borde de labio triangular, ligeramente pendiente. Pintada, al exterior e interior, de rojo ocre.
- 36091: Vaso de cuello acampanado corto, de borde recto con labio vuelto y plegado, redondeado. Presenta pintura de color ocre en borde y cuello exterior, y línea del mismo color al interior del borde.

Pertenece al grupo 41100 de Vaquerizo (Vaquerizo *et al.*, 2001: 180-182, fig. 53b).

- 42048: Tapadera de borde simple. Pasta tosca de cocción oxidante. Presenta bandas decorativas pintadas en negro. También podría tratarse de un borde de cuenco de perfil recto y borde inclinado, con labio algo apuntado, que sí se pueden encontrar con este tipo de decoración, tratándose en este caso de un ejemplar similar al tipo 12100 del Cerro de la Cruz (Vaquerizo *et al.*, 2001: 170, fig. 51).

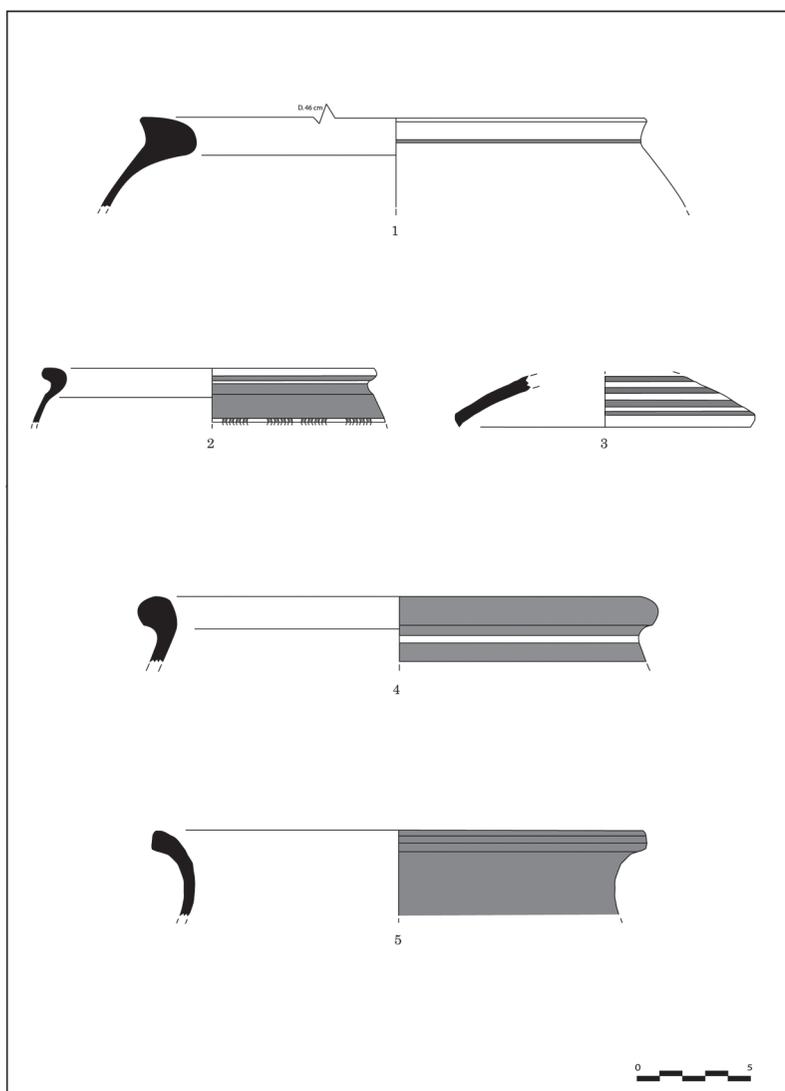


Fig. 2: Cerámica ibérica pintada de Peñalosa: 1(43056), 2(36071-3), 3(42048), 4(36091) y 5(42102).

b) Cerámica común de tradición indígena

Constituye el conjunto mejor documentado de todos los exhumados, suponiendo el 72 % de todos los fragmentos hallados de la fase ibero-romana. De factura cuidada, bien depurada, y pastas oxidantes, beige-amarillentas y anaranjadas, se relacionan en su mayoría con formas del repertorio tradicional ibérico, como cuencos, lebrillos vasos de galbo cilíndrico o tapaderas de borde simple.

- 43072: Cuenco de perfil curvo y borde inclinado, similar al tipo 12200 del Cerro de la Cruz (Vaquerizo *et al.*, 2001: 170-175, fig. 51) (Fig. 3).
- 35057-1: Cuenco de perfil recto y borde inclinado, similar al tipo 12100 del Cerro de la Cruz (Vaquerizo *et al.*, 2001: 170-175, fig. 51) (Fig. 3).
- 33054: Fragmento de galbo o cuerpo con asa adosada, con probable forma de lazo o trenzada, posiblemente de un lebrillo. Este tipo de asa aparece en lebrillos ibéricos, como los del tipo

6) Ante cada fragmento analizado figura su número de inventario.

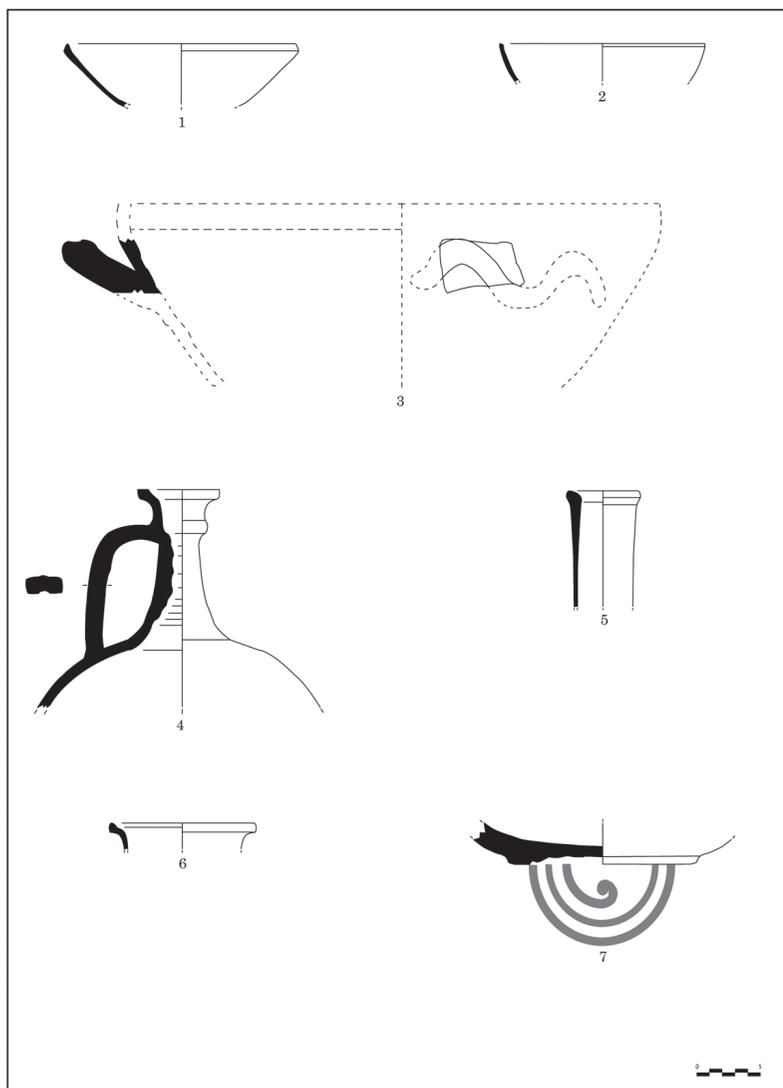


Fig. 3: Cerámica común de tradición ibérica: 1(35057-1), 2(43072) y 3(33054). Cerámica común romana: 4(36105), 5(36109), 6(35091) y 7 (42167).

51110 del Cerro de la Cruz (Vaquerizo *et al.*, 2001: 191-193, fig. 57), y posteriormente en lebrillos y grandes fuentes de época romana, siendo en este caso similar al tipo COM-RO-BET 4.1 de Peinado Espinosa (Peinado 2010: 204). En los Villares de Andújar se detecta desde época de Tiberio-Claudio hasta inicios de época flavia (siglo I d.C.) (Fig. 3).

c) Cerámica de cocina de tradición indígena

Algo menos representada que las producciones anteriores, con un 3'6 % del total, se caracterizada por tener pastas reductoras, con tendencia a la factura descuidada, con frecuentes inclusiones, de tamaño mediano y grandes. Las formas son casi en su totalidad ollas, de distinto volumen, de borde vuelto y cuello corto.

- 28468-4: Borde de olla globular de borde vertical apenas engrosado, similar al grupo 43400 del Cerro de la Cruz (Vaquerizo *et al.*, 2001: 186, fig. 55) (Fig. 4).
- 35084-1: Borde de olla globular de borde no vuelto,

del grupo 43280-90 del Cerro de la Cruz (Vaquerizo *et al.*, 2001: 185-186, fig. 55) (Fig. 4).

- 39029: Posible Tapadera troncocónica perforada, de borde engrosado al exterior y con ranura interior. Similar a las del tipo 62100 del Cerro de la Cruz (Vaquerizo *et al.*, 2001: 201, fig. 59) (Fig. 4).
- 44098: Olla de grandes dimensiones, cuerpo globular, sin asas y borde vuelto, del tipo 43000 del Cerro de la Cruz (Vaquerizo *et al.*, 2001: 183-186, fig. 55). Presenta pasta poco depurada, de cocción reductora, con inclusiones de tamaño medio-grande de cuarzo, mica, etc. (Fig. 4).
- 50072: Borde de olla, con pasta poco depurada, de cocción reductora, con inclusiones de tamaño medio de cuarzo, mica, etc. Se corresponde con la forma COC-RED 3.1 de Peinado (2010: 151, fig. 4.47), forma muy extendida por todo el Mediterráneo occidental y las más habituales en los contextos romanos republicanos y altoimperiales (Fig. 4).

d) Cerámica de Paredes Finas

Exceptuando un borde, que ha podido identificarse como perteneciente a un vasito de la forma Mayet XX (nº inventario: 36071-2) (Fig. 5), fechado en el s. I d.C., y dos fondos planos indeterminados, el resto lo constituyen fragmentos amorfos, sin identificar. La aparición de ejemplares de esta producción es habitual en los contextos romano republicanos y altoimperiales.

e) Cerámica de cocina africana

Esta producción sólo supone el 0'6 % de las analizadas, ya que únicamente se identificaron dos amorfos y dos fondos planos. No obstante, sus características físicas, pastas anaranjadas o rosáceas, bien depuradas, rugosas, con algunas pequeñas inclusiones blancas, nos permitieron individualizarlas del resto de producciones comunes de tradición ibérica. Es interesante su hallazgo ya que confirma la llegada de producciones norteafricanas al interior de la provincia giennense en fechas altoimperiales, debiendo datarse las aquí halladas entre la segunda mitad del s. I d.C. y todo el s. II d.C.

f) Cerámica común romana

Partiendo del hecho de que todos los fragmentos amorfos de cerámica común hallados tienen clara manufactura ibérica, se ha utilizado esta categoría para incluir aquellas piezas identificadas como pertenecientes a formas

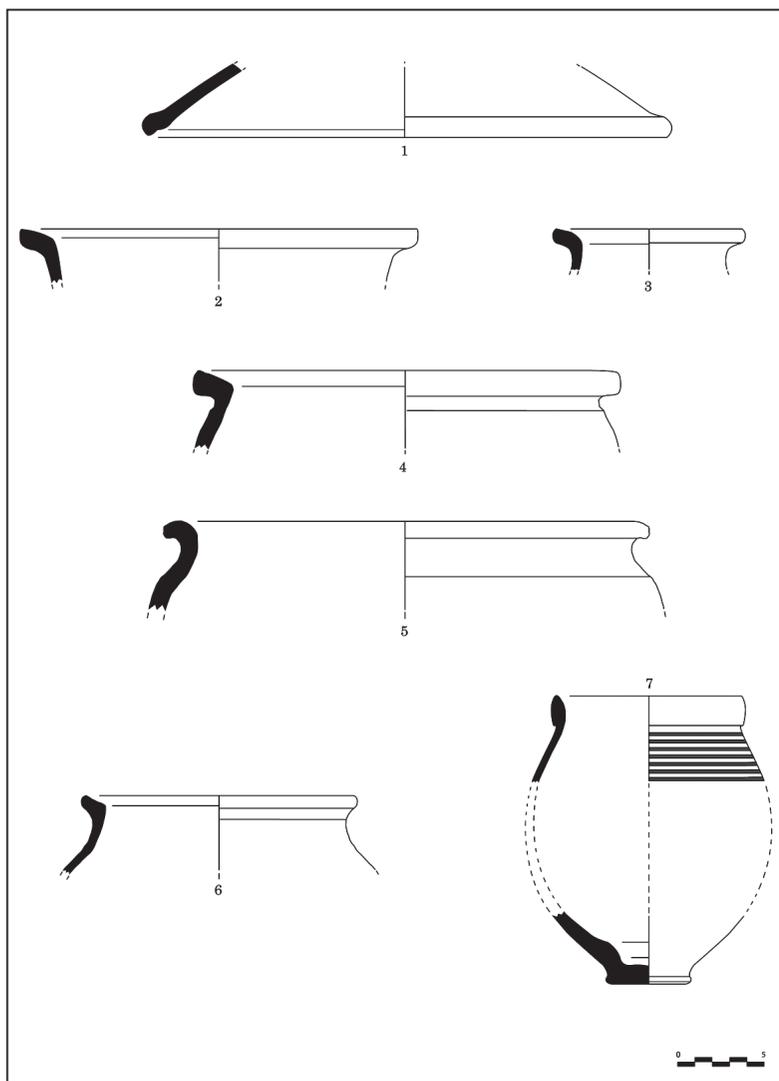


Fig. 4: Cerámica de cocina de tradición ibérica: 1(39029), 2(38468-4), 3(35084-1), 4(50072) y 5(44089). Cerámica de cocina romana oxidante: 6(42311) y 7(430108).

habitualmente clasificadas como recipientes del utillaje de época romana. Si bien físicamente están claramente emparentados con las cerámicas de tradición ibérica, formalmente vienen siendo incluidas en la producción común romana. En nuestro caso, se trata de un ejemplar de un posible mortero, 3 de jarras y un jarro o botella, los cuales, en conjunto, nos emplazan en el siglo I d.C.

- 35091: Borde de jarra romana, de borde recto y labio engrosado al exterior, y encaje para tapadera al interior. Similar a la jarra de un asa y boca ancha de Serrano (Serrano, 1995: figura 12, cat. 99) y a la forma COM-RO-BET 5.1 de Peinado Espinosa (Peinado, 2010: 141, fig. 4.17 y 4.18). Se data en los siglos I-II d.C. (Fig. 3).
- 36105: Jarra de cuerpo globular, cuello medio y apertura estrecha. El borde está exvasado y engrosado, y debajo de él se encuentra una moldura. Presenta asa que arranca desde el cuello, concretamente desde la moldura hasta el inicio del cuerpo. El asa presenta dos incisiones paralelas que otorga relieve a su parte

central. Pasta depurada de color claro, presenta poco desgrasantes de tamaño pequeño. Del cuerpo sólo contamos con un fragmento amorfo de gran tamaño y numerosos trozos pequeños. Pertenece al tipo COM-RO-BET 5.4. (Peinado, 2010: 142), y se data en el s. I d.C. (Fig. 3).

- 36109: Cuello alto y estrecho de botella o jarro, sin asas, de borde recto y labio engrosado de sección triangular al exterior. Forma indeterminada, aunque si tuviese las paredes algo más curvas (con concavidad interna) podría ser una jarrita monoansada COM-RO-BET 5.6, 3, de Peinado (2010, fig. 4.25), datada en el s. II d.C. (Fig. 3).
- 42167: Fondo con pie anular diferenciado bajo, de posible mortero. En la parte exterior del fondo se observa decoración estriada en espiral (Fig. 3).

g) Cerámica de cocina oxidante

En este caso, se ha utilizado esta producción para caracterizar unos recipientes de cocina, concretamente ollas, formalmente similares a las cocinas de tradición ibérica, de formas globulares, con bordes vueltos y fondos planos, pero que muestran un tipo de cocción reductora-oxidante, poco habitual entre las cocinas de tradición ibérica, y que vienen relacionándose con influencias foráneas (Peinado, 2010: 384).

- 42311: Borde de olla globular, de borde exvasado, y cuello estrecho y corto. Se incluiría en el tipo COC-OXI 3.1 de Peinado (2010: 148), siendo una forma muy genérica y con gran espectro temporal (Fig. 4).
- 43018: Borde engrosado y recto, de olla globular. Pertenece al tipo COC-OXI 3.3 de Peinado Espinosa, datada en la segunda mitad del s. II d.C. (Peinado, 2010: 149, fig. 4.37) (Fig. 4).

h) Cerámica de imitación de BN

Identificada a partir de dos fondos con pie anular alto, que presentan un engobe exterior de color negro, parece tratarse, con todas las reservas posibles atendiendo a lo escaso de la muestra y al estado fragmentario de los fragmentos obtenidos, de imitaciones de copas de Barniz Negro realizadas por los alfareros indígenas (por ejemplo, el fragmento con número de inventario 44024) (Fig. 5).

i) Ánfora ibérica

Con el 6'5 % de los fragmentos analizados, supone la segunda producción mejor representada, tras la común de

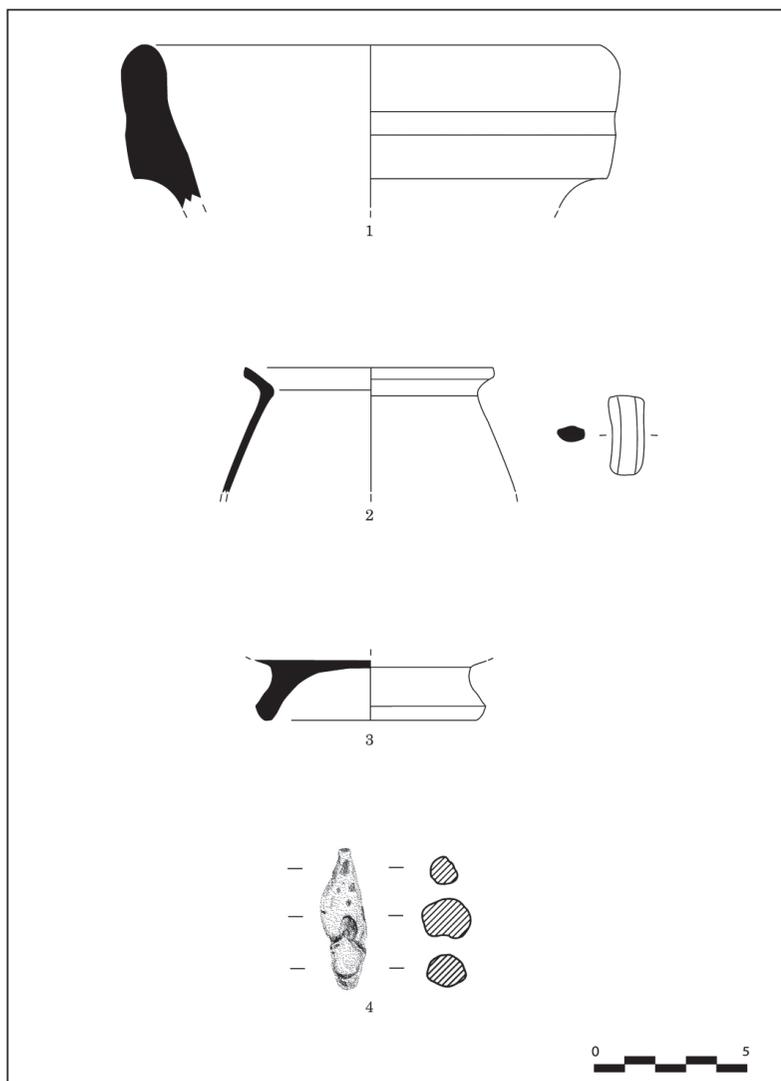


Fig. 5: *Ánfora Púnico-Ebusitana (PE-25): 1(42004). Vaso de Paredes Finas (Mayet XX): 2(36071-2). Pie de imitación de Barniz Negro: 3(44024). Proyectil de plomo: 4(42279).*

tradición ibérica, si bien, exceptuando un borde, prácticamente la totalidad ha sido identificada a partir de fragmentos amorfos. En concreto, se trataría de un borde entrante, con labio engrosado y ligeramente apuntado al interior.

j) **Ánfora Púnico Ebusitana**

Un solo fragmento, correspondiente a un borde, ha sido el bagaje para esta producción anfórica baleárica. Su pasta marrón clara y depurada, con minúsculas inclusiones de mica y algunos núcleos férricos, nos propone dicha filiación. Formalmente, se trata de un borde de PE-25 (nº de inventario: 42004) (Fig. 5), cuya morfología nos lleva a pensar que se trata de una variante de las fechadas en la segunda mitad del s. II d.C (Ramón, 2006: 264-265).

k) **Ánfora Itálica**

Al igual que con las ánforas ibéricas, esta producción ha podido ser identificada únicamente a partir de fragmentos amorfos, si bien estos han sido numerosos, unos 13,

constituyendo de esta forma el 2 % del total de fragmentos cerámicos analizados. Se trata en este caso de fragmentos en pasta rojiza, con abundantes partículas negras brillantes en su interior, características de las producciones campanas.

l) **Ánfora bética**

En una proporción algo menor que las anteriores, 1'7 %, se identificaron varios fragmentos amorfos de ánfora, cuyas pastas ocre y marrónceas, de factura basta y abundantes inclusiones negras nos llevaron a proponerlas como ánforas béticas altoimperiales.

Además de las señaladas, se identificaron, de manera casi testimonial, algún fragmento de posible cerámica de cocina itálica o ánfora tarraconense (un fragmento amorfo de cada una de ellas), además, de 13 fragmentos de cerámica altomedieval, sin vidriar.

En líneas generales, la cerámica recuperada de las tres campañas arqueológicas analizadas (2005, 2009 y 2010) se corresponde en su inmensa mayoría con producciones de tradición ibérica, es decir, de clara manufactura ibérica. Teniendo en cuenta la inexistencia de producciones a mano, grises, de engobe rojo o cualquier otra que nos remonte a etapas pretéritas, parece muy evidente el inicio de la fechación del conjunto en la fase final del periodo ibérico (s. III-I a.C.), más concretamente, en torno a los siglos II-I a.C., atendiendo para ello a la existencia en algunos de los cortes analizados de importaciones, básicamente anfóricas, de la Península Itálica. Como datación final deberíamos concluir la segunda mitad del siglo II d.C., a la vista de la existencia de la variante tardía de la PE-25, así como de algunas cerámicas comunes béticas y las escasas producciones norteafricanas exhumadas.

Resulta curiosa la inexistencia, entre los casi 700 fragmentos analizados, de importaciones de vajilla fina, tan abundantes en estas fechas, tanto de *sigillatas* clásicas como de africanas, para lo cual se adelantará alguna hipótesis en el apartado de conclusiones.

Objetos metálicos exhumados en Peñalosa

Grosso modo, la mayoría de los elementos metálicos recuperados en Peñalosa son de plomo, a excepción de algunos objetos de hierro entre los que destacan dos cabeza de clavos. El resto de los materiales férricos se tratan de elementos muy modernos como un trozo de herradura y varios fragmentos de alambre de hierro que se depositarían en los niveles superficiales tras los trabajos de excavación y restauración que se han realizado en estos

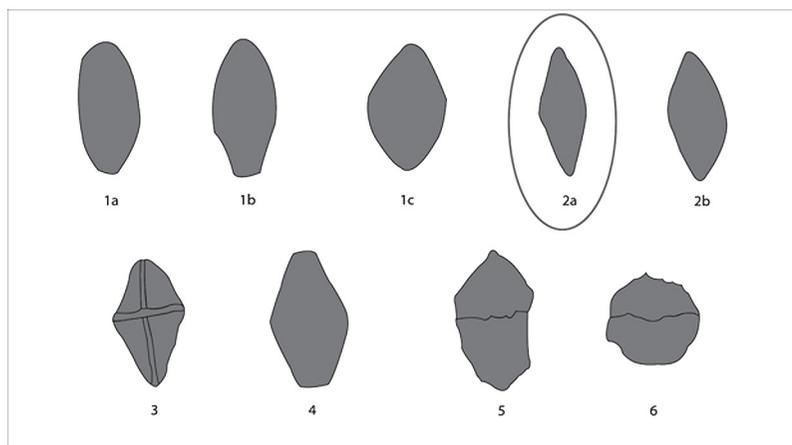


Fig. 6: Tipología de proyectiles de plomo de Völling (1990).

yacimientos desde las primeras campañas de intervención.

En cuanto a los objetos de plomo, hasta el momento se han documentado un total de ocho piezas. De todos destaca por sus características y la información que nos proporciona, un proyectil bicónico de morfología afilada del tipo 2a de Völling (Völling, 1990) (Fig. 6). Éste, que presenta un buen estado de conservación, tiene unas dimensiones de 4'7 cm. de longitud por 1'65 cm. de grosor y un peso de 45'02 gramos (42.279) (Fig. 5). Dicho tipo de proyectil está muy bien atestiguado desde mediados-finales del s. II a.C. hasta el s. I. a.C en la Península Ibérica e incluso en otros yacimientos de esta región minera, como la fundición romana de Cerro del Plomo (El Centenillo) (Domergue, 1971).

Entre los objetos restantes resaltan por un lado una masa informe de plomo (41.012) y una pieza circular con una perforación circular en el centro que posiblemente se utilizara como tapadera (42.032); y, por otro, dos láminas de plomo enrolladas sobre si en forma de cuenta con una sección circular y una perforación central de poco más de 3

cm. (42.410 y 36.033). Estos elementos son muy parecidos a los tubos de litargirio (*tubuli*) documentados en las fundiciones romanas de esta zona, (Cerro del Plomo o Fuente Espí), aunque mucho más pequeños que estos últimos, posiblemente porque los documentados en Peñalosa estén fragmentados (Domergue, 1971; 1990: 507).

Todos estos objetos han sido analizados a través de Fluorescencia de Rayos X (XRF) con el objetivo de conocer su composición química (Tab. 1)⁷. Este análisis ha determinado que dichos objetos están realizados en plomo muy puro, con unos porcentajes superiores al 99 %. En dos casos, concretamente en el proyectil y el trozo informe se observa la

presencia de otro elemento, el cobre, en porcentajes muy bajos, el 0'30 y 0'40 % respectivamente. Este escaso nivel de cobre no nos permite hablar de una aleación intencionada para fabricar este objeto si no más bien de que el mineral tratado sería un sulfuro complejo, muy común en algunas minas de esta zona como la mina del Polígono, que contienen plomo y cobre.

Análisis estructural y contextual de la cultura material de época romana

El presente estudio contextual y estructural de los restos romanos de Peñalosa no se ha llevado a cabo siguiendo el orden numeral de los sectores trazados a lo largo de las diferentes campañas de excavación, ya que éstos se encuentran dispersos aleatoriamente por toda la superficie del cerro, sino sobre la base de las grandes áreas o zonas relacionadas espacial y estructuralmente entre sí en las que se ha dividido este yacimiento. Estas zonas son la Acrópolis Este, Central y Oeste, la terraza superior de la ladera sur y la terraza superior, intermedia y baja de la ladera norte (Lám. 1 y Fig. 6).

TIPO	Número	FE	NI	CU	ZN	AS	AG	SN	SB	AU	PB	BI
Glande	42279			0,30			nd	nd	0,002		99,7	nd
Cilindro hueco	42410			nd			nd	nd	0,004		99,9	nd
Chapa deformada	41012			0,40			nd	nd	0,002		99,6	nd
Cilindro hueco	36033			nd			0,003	nd	0,007		99,9	nd
Disco perforado	42032			nd			nd	nd	0,001		99,9	nd

Tab. 1: Resultados de los análisis de Fluorescencia de Rayos X (XRF) de las piezas de plomo de Peñalosa (Proyecto Peñalosa).

⁷ Estos análisis han sido llevados a cabo por la investigadora de la UGR Dra. Auxilio Moreno Onorato y el investigador del CSIC, Dr. Salvador Rovira Llorens, en el laboratorio del M.A.N. en Madrid, dentro del proyecto de investigación "Proyecto Peñalosa". Asimismo, aprovechamos estas líneas para agradecer a la Dra. Auxilio Moreno que nos facilitara los resultados del análisis de estas piezas.

a) Acrópolis Este, Sector 9

Este amplio sector, que ocupa prácticamente la totalidad de la Acrópolis Este, ha sido objeto de una excavación sistemática ininterrumpidamente desde el año 2001 hasta el 2011 (Fig. 6). En éste no se ha documentado ningún material de época romana, si bien debemos señalar la recuperación, en el nivel superficial y en el primer estrato de derrumbe que cubría la estructura E.9.8., de varios fragmentos de cerámica altomedieval, un fragmento de asa y numerosos amorfos de cerámica pintada, seguramente, de jarra. Esta cerámica, junto a la documentada en la zona alta y la ladera norte durante la primera fase del Proyecto Peñalosa, corrobora la existencia de la ocupación altomedieval del cerro, aunque por el volumen de material debió de ser de escasa entidad y muy esporádica en el tiempo.



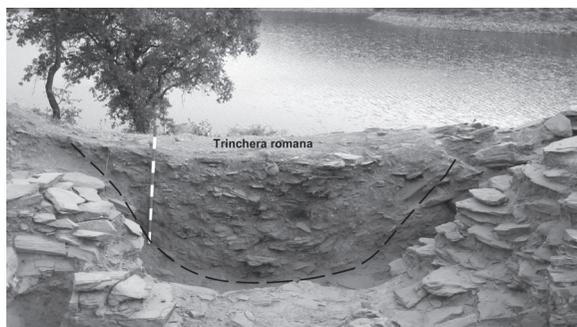
Lám. 3: Estructuras del Sector 25 cortadas por la trinchera o zanja romana (Proyecto Peñalosa).

b) Acrópolis central, Sectores 25 y 50

Sector 25

Este sector, situado en el centro de la acrópolis, presenta una forma muy irregular debido a las diversas transformaciones y ampliaciones que ha sufrido durante el transcurso de su excavación en las tres últimas campañas de intervención (2005, 2009 y 2011) (Fig. 6). La excavación íntegra del mismo hasta el nivel de roca ha permitido definir varios espacios o complejos estructurales de época argárica, el CE Xi, Xm y Xn. El más importante de ellos, el Xi, se trata de un espacio habitacional de forma rectangular que estaría techado y en el que se han documentado dos fases de ocupación, la IIII y la IIIA (Alarcón García, 2010: 928-935; Contreras *et al.*, en prensa)

Respecto a la fase romana, en este sector se pudo documentar cerámica de dicho periodo en diversos contextos estratigráficos que se vincularían a posibles estructuras romanas. Una pequeña parte del material se recuperó de la unidad superficial, el cual se encontraba, como es evidente, muy fragmentado y erosionado. Tras la excavación de esta unidad se hallaron dos estratos bien diferenciados



Lám. 2: Sección norte del Sector 25, donde se observa la forma y dimensiones de la zanja romana (Proyecto Peñalosa)

que contactaban lateralmente. Dicha relación entre ambos nos hizo pensar desde un primer momento en la existencia de una posible zanja en la parte oeste de ese sector, la cual, seguramente, sería la prolongación hacia el norte de la documentada en el vecino sector 50, como posteriormente se comprobó. Así, por un lado encontramos un nivel de barro apisonado de color naranja, muy compacto, que se extendía en forma de banda hacia el este y sur (E 25.25), cubriendo incluso parte de la estructura 25.2, que delimita por el norte el espacio habitacional argárico. Por otro lado, se situaban los rellenos de la zanja.

La zanja estaba rellena básicamente por dos estratos, uno, compuesto por una tierra marrón oscura y pizarras de medio y gran tamaño, y el otro, por una tierra marrón más clara (Lám. 2). En ambos se ha documentado tanto cerámica a mano del Bronce como cerámica común de tradición indígena, además de diversos fragmentos de materiales de construcción. La presencia de esta cerámica común en el fondo de la zanja junto al hecho de que corta las estructuras de la última fase de ocupación de la Edad del Bronce nos indicaría que dicha zanja seguramente sería excavada en época romana, sin poder precisar más la cronología debido a la ambigüedad del material cerámico recogido. Es lógico que dentro de la misma aparezcan también algunos fragmentos muy rodados de cerámica a mano del Bronce que procederían de la colmatación natural de la misma.

La zanja (E 25.26) de sección en forma de cubeta o V, con una anchura de 2'80 m en su parte superior y de 1'40 m en el fondo, y una profundidad máxima de 1'30 m, se extiende de sur a norte por la parte oeste de dicho Sector 25 (sector B3), cortando de manera perpendicular todas las estructuras murarias (E 25.2, 25.3 y 25.10) y los rellenos estratigráficos de la Edad del Bronce existentes en esta zona (Fig. 6 y Lám. 2 y 3). Dicha zanja continuaría hacia el sur, por el Corte 50, y también hacia el norte, como revela la existencia en esta dirección de una vaguada o inflexión



Lám. 4: Foto área del acrópolis del yacimiento de Peñalosa con las zanjas romanas (Proyecto Peñalosa).

en el terreno natural. Esta depresión presenta unas dimensiones muy parecidas a la que se encuentra en la Acrópolis Oeste (Lám. 4).

Por su parte, debajo del citado pavimento de barro anaranjado (E 25.25) se documentó un estrato de tierra de color marrón anaranjado compacto, que funcionaría como el nivel de "cimentación" sobre los niveles argáricos de la fase III0 y del cual se recuperaron varios fragmentos amorfos de ánfora bética. Esto nos lleva a pensar que este suelo, al igual que la zanja y una estructura circular (E 25.9) construida con lajas de pizarra hincadas en la tierra, que se encontraba por encima de este suelo, se adscribiría también a época romana, y más posiblemente, al periodo alto imperial.

La creación de estos dos estratos, el nivel de barro y el de tierra compacta, durante la fase de ocupación romana provocó que en la zona de la casa argárica donde se reconocen éstos, básicamente en el subsector B2 y parte del B1, no se documentara el derrumbe de pizarras y de adobes de las estructuras de este espacio que sí se pudo localizar durante la excavación del 2001 en el subsector B1 (Contreras *et al.*, 2004). De esta forma, podríamos sugerir que este suelo de barro adscrito al periodo romano (E 25.25) parece que se extendería de forma paralela al trazado de la zanja, con una anchura de unos 2 m, si bien este nivel no se ha podido documentar con precisión en los sectores vecinos del sur, a excepciones de algunas zonas del Sector 50, posiblemente debido a que éstos han sufrido una mayor erosión natural.

Sector 50

Este sector se sitúa al sur del Corte 25, en la parte superior de la ladera sur. Aunque ha sido objeto de excavación en las tres últimas campañas de excavación (2009, 2010 y 2011) aún quedan por excavar los rellenos estratigráficos de la primera fase de ocupación argárica. Al igual que en el sector anterior, en éste también se han definido diferentes espacios tanto de habitación, el CE Xm, como de acceso

y entrada al poblado por su flanco sur (Contreras *et al.*, en prensa).

La gran mayoría del material romano se ha recuperado durante la intervención del 2009, año en el que se inició la excavación de este sector, fundamentalmente de las primeras unidades estratigráficas. Concretamente, la cerámica romana procede de la unidad sedimentaria superficial y de los estratos de relleno de la continuación de la zanja que se documenta en el Sector 25. En la primera de las mismas se hallaron básicamente varios fragmentos rodados de ánfora itálica republicana y un fragmento de amorfo de posible tégula, mientras que en los rellenos de la zanja se han encontrado diversos fragmentos de ánfora itálica republicana, amorfos de cerámica común romana de tradición ibérica (50.020 y 50.041-1) y dos bor-

des de ollas de cerámica común romana de pasta poco depurada que se corresponden con la forma COC-RED 3.1 de Peinado (2010: fig. 4.47). Asimismo, de un contexto muy revuelto relacionado con la zanja, entre las pizarras del derrumbe de la última fase argárica se recogió un borde de olla de cerámica de cocina romana (Tipo COC-OXI 3.1.1, Peinado, 2010: 225).

Este material corrobora la cronología de esta zanja, que como hemos señalado anteriormente, se adscribiría al periodo romano republicano e incluso se extendería hasta época altoimperial, como sugieren algunas de las formas cerámicas recuperadas, sin que podamos afinar más en las fechas ya que dicha cerámica tiene un uso prolongado y, hasta el momento, no contamos con material de importación u otro indicio cerámico que nos aporte un dato más preciso.

Por lo que respecta a la zanja, ha sido imposible definir sus dimensiones así como su límite por el sur, ya que esta zona de la ladera se encontraba muy alterada por la erosión natural, los hoyos de los furtivos y la vegetación (matorral y encinas), cuyas raíces han destrozado algunos muros (Lám. 4). Aún así, en el testigo que se conservaba en la división del Sector 50 con el 25 hasta la campaña de 2011, se podía observar muy bien las dimensiones de la zanja, con una anchura superior en la parte superior de más de dos metros.

c) Acrópolis Oeste, Sectores, 1, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42 (fig. 7)

Sector 1

Este sector ubicado en la margen oriental de la Acrópolis Oeste, entre los sectores 35 al este y el 36 al oeste, fue excavado por primera vez en 1986 y recientemente, durante la campaña de 2005 se volvió a retomar su excavación aunque ésta se ciñó a una limpieza superficial del mismo. Así, hasta el momento, el escaso material recuperado procede de la unidad superficial/cobertura vegetal y se trata de varios fragmentos amorfos de cerámica de cocina ibérica y una olla globular de

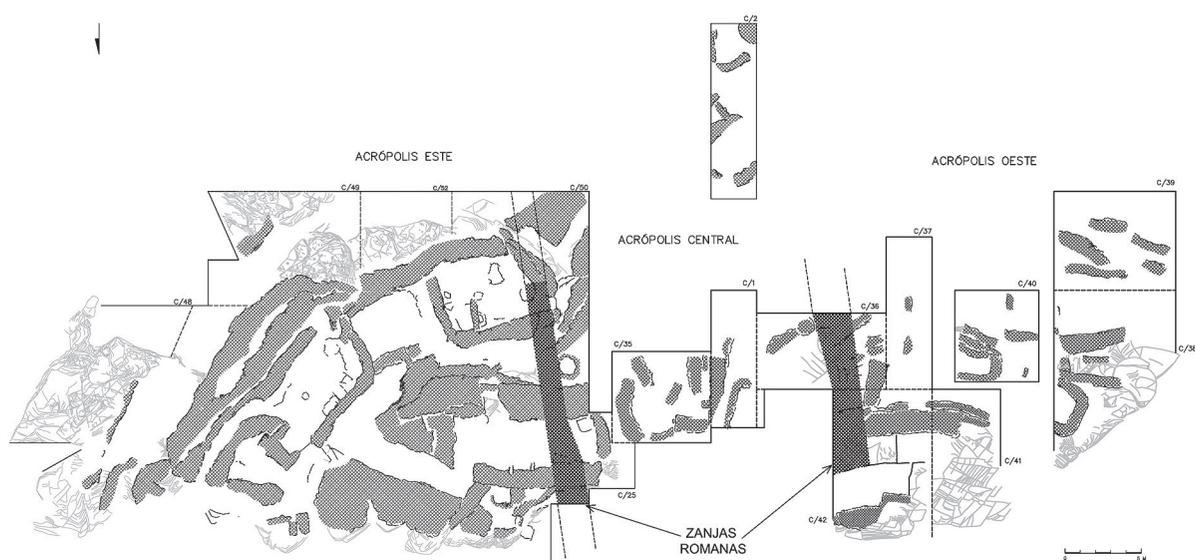


Fig. 7: Planimetría de la acrópolis de Peñalosa con los sectores excavados y la localización de las zanjas romanas (Proyecto Peñalosa, J. M. Rivera).

pico de ave de pasta fina. La cronología del mismo está en sintonía con el documentado en los anteriores sectores de la acrópolis, el periodo romano-republicano.

Sector 35

Este sector, de forma cuadrangular, se localiza entre el Sector 1 al oeste y el Sector 25 y fue excavado, como todos los cortes de esta acrópolis, durante la campaña de 2005. Básicamente, en éste se excavó el nivel superficial y los diferentes derrumbes procedentes de las estructuras de la última fase de ocupación argárica, pudiéndose documentar diferentes muros que se han asociado a dicha fase (Contreras *et al.*, en prensa).

Por el contrario, de época romana únicamente se ha documentado cerámica de tipología y cronología diferente, desde cerámica común romana de tradición ibérica hasta amorfos de paredes finas, fragmentos de común africana y algunos indeterminados de ánforas itálicas y béticas, la cual se encontraba en el nivel superficial y en el relleno de una trinchera o zanja abierta durante las excavaciones antiguas. Dicho material proporciona a estos estratos secundarios una cronología prolongada y ambigua que se extendería desde el s. II a.C. hasta el s. I. d.C.

Sector 36

La excavación casi total de este sector en 2005 permitió no sólo el hallazgo de diversas estructuras y restos de dos suelos de ocupación asociados a diferentes fases de la ocupación argárica (Fases III C y IIIB) sino también la documentación de una de las escasas estructuras halladas en este yacimiento vinculadas al periodo romano (Contreras *et al.*, 2010). Concretamente, se trata de una segunda zanja o trinchera de dimensiones muy parecidas a la definida en los sectores 25 y 50 y con la misma dirección N-S (Lám. 4 y 5).

Aunque gran parte de la misma se encontraba dentro

de las limitaciones de este sector, durante su excavación se decidió incorporarla al Sector 42 por lo que nos referiremos a ella en párrafos posteriores. Su excavación debió suponer no sólo que se cortarían los estratos y las estructuras de la fase argárica situados en su trazado sino también que se alterarían los niveles estratigráficos cercanos, a lo cual también ha contribuido la vegetación, la erosión natural y los hoyos de los furtivos. Todo ello, junto a la posible conservación hasta época romana de parte del alzado de algunas estructuras de época argárica, creemos que explicaría la presencia de cerámica de este periodo entre los importantes derrumbes de pizarras de los muros argáricos, incluso cerca de los niveles de suelo.

En este sentido, el material arqueológico recuperado de este corte se hallaba en contextos muy alterados y siempre entremezclados con materiales de la Edad del Bronce. Por un lado, como en todos los sectores anteriores, una parte del material procedía de la unidad superficial, entre la que se han recuperado fundamentalmente fragmentos de cerámica común romana de tradición ibérica y algunos fragmentos de ánforas itálicas. Otra parte de la cerámica, sobre todo común de tradición ibérica, se encontraba entre el derrumbe de pizarras de las estructuras argáricas. Por último, el gran grueso de la cultura material estudiada se hallaba en un contexto muy revuelto y alterado de tierra marrón-rojiza de gran grosor situado junto al límite este de la zanja, muy cerca de la roca y de los niveles considerados como suelos de ocupación de las fases del Bronce. Entre el material arqueológico, al margen del argárico, destaca la presencia de un vasito de paredes finas, gran parte de una ollita periforme de cocina ibérica de cuello corto y borde exvasado, un fondo de otro vasito de paredes finas, la parte superior de una jarra de cuerpo globular, cuello medio y apertura estrecha del tipo COM-RO-BET TIPO. 5.4. (Peinado, 2010: 142), una cabeza de un clavo de hierro y una pequeña lámina de plomo enrollada.



Lám. 5: Zanja o trinchera de los sectores 36 y 42 (Proyecto Peñalosa)

Todo este material ofrece una cronología extensa en el tiempo para estos contextos arqueológicos que se extiende desde el s. II a.C. hasta el I d.C., siendo imposible precisar aún más las fechas así como diferenciar posibles subfases de ocupación.

Sector 41 y 42

Estos sectores se han analizado conjuntamente ya que se encuentran unidos espacialmente en la zona más elevada de la Acrópolis Oeste del yacimiento de Peñalosa (Fig. 7). Ambos, que fueron excavados durante la campaña de 2005, comparten diversas estructuras que parecen conformar un espacio habitacional de forma ovalada muy característico en época argárica y en este poblado, cuyo interior ha sido excavado hasta el suelo de ocupación de la Fase IIIA en las zonas donde se conservaba, y hasta la roca en las que éste había desaparecido. A su vez, tanto la principal estructura conservada, la E 42.1, y el suelo mencionado fueron cortados por la zanja adscrita al periodo romano.

Respecto a la fase romana objeto de este trabajo, en estos dos cortes y el 36 se ha documentado más del 50 % de todo el material arqueológico de este periodo recuperado hasta el momento en Peñalosa. Dentro de la secuencia estratigráfica definida en estos sectores, el material arqueológico romano ha aparecido fundamentalmente dentro de tres contextos, el nivel superficial, el primer derrumbe de las estructuras y el relleno de la zanja romana, pero siempre mezclado con cerámica de la Edad del Bronce. En el primero de los estratos se recuperó escaso material que se encontraba, como es evidente, muy fragmentado y rodado.

Concretamente, se hallaron diversos amorfos de cerámica común romana de tradición ibérica, varios fragmentos de cocina de tradición ibérica, cuatro amorfos de *dolium* y un borde de ánfora ebusitana PE-25. Excepto este último, y a pesar de ser restos superficiales, estos nos proporcionan una cronología muy similar a la constatada hasta el momento en los sectores anteriores, s. II y I a.C. El caso del fragmento de ánfora ebusitana nos aporta un nuevo dato, que debe vincularse al hallazgo de los amorfos de cerámicas africanas recuperados, y es la ocupación, cuando menos hasta la segunda mitad del s. II d.C., de Peñalosa.

El segundo de los contextos, como hemos señalado, se trata de un importante derrumbe de tierra de color rojizo que incluía poca cantidad de pizarras de mediano tamaño. Éste se extendía por ambos cortes al interior del espacio habitacional de época argárica, por debajo del nivel superficial y por encima del pavimento rojizo asociado a la última fase del bronce en los lugares en que éste se conservaba o bien directamente sobre la roca. Asimismo, este derrumbe también se documentó al sur de la E-42.1 y al norte de la 42.9. Ha sido en esta unidad estratigráfica donde se ha recuperado gran parte de la cultura material de época romana cuyo porcentaje en algunos subsectores prevalece o es superior al material argárico. Esto nos hace suponer, junto al color rojizo del derrumbe, que no es muy frecuente entre los derrumbes de pizarras de las fases argáricas de este yacimiento, así como por la poca cantidad de pizarras, que este estrato se formaría como consecuencia o bien de la caída del alzado de posibles estructuras de época romana que se levantaron sobre los zócalos de los muros argáricos, aún emergentes a su llegada, o bien cabe la posibilidad de que las estructuras mejor conservadas fueran reaprovechadas directamente por los romanos.

En dicho estrato se ha documentado básicamente cerámica común de tradición ibérica, cerámica de cocina oxidante romana, amorfos de ánforas ibéricas, indeterminados de *dolia* y algunos fragmentos indeterminados de paredes finas. Si bien, de todo el material estudiado podemos destacar varios bordes de tapadera de cerámica romana de tradición ibérica, dos bordes de vaso con galbo cilíndrico de cerámica pintada, una base de mortero de cerámica común romana, un borde de una olla de cerámica de cocina romana, una asita de un recipiente de paredes finas y, sobre todo, cuatro elementos de plomo. De todos ellos, el más interesante por la información que nos aporta es un proyectil bicónico de morfología afilada del tipo 2a de Völling, que se ha datado en torno a mediados y finales del s. II a.C. (Völling, 1990). Dicha cronología parece concordar con la cronología proporcionada por parte del material cerámico recuperado en este estrato, básicamente la cerámica pintada y de tradición ibérica.

Este tipo de proyectiles bicónicos, al igual que los tipos 1a, 1b, 1c y 2b de Völling (Fig. 6), fueron desarrollados a partir de la segunda mitad del siglo II a.C. y se encuentran ampliamente distribuidos por los territorios que conformaron el Imperio Romano (Völling, 1990: 51 Mapa 1). Las evidencias arqueológicas constatadas en *Istmia*, *Enna* o en *Numancia* parecen confirmar el uso de este tipo de proyectil como munición de guerra en el sitio militar de dichas ciudades por parte de Roma.

Desde su introducción como instrumento bélico por los griegos, los proyectiles de plomo se convirtieron en artefactos temibles, más que el arco y las jabalinas ligeras que se lanzaban a considerable distancia. Su poder de impacto era casi similar a los primitivos mosquetes y su precisión en manos de un hondero experto era superior. En relación con su uso como objeto arrojado podemos intuir que el encontrado en el yacimiento de Peñalosa podría haber sido utilizado para tal fin, ya que uno de sus extremos se encuentra actualmente plano y presenta muescas de fractura relacionadas seguramente con la pérdida de su remate en punta como consecuencia del impacto con un cuerpo sólido. La percepción de evidencias inherentes a su funcionalidad también ha sido documentada en otros estudios, como los llevados a cabo sobre los materiales hallados en el cerro Oscense de la Alegría (Contreras *et al.*, 2008: 9).

El resto de los materiales documentados en estos sectores se recuperaron en los dos estratos que rellenaban la mencionada zanja. Ambos se formarían como consecuencia del derrumbe de las estructuras de pizarras cercanas y los procesos de erosión y colmatación natural. El primero, se trata de un derrumbe de pizarras con una tierra muy suelta de color marrón grisácea y el segundo, de un estrato de tierra rojiza con inclusión de pizarras de mediano tamaño. A éstos se suma un tercer nivel de tierra poco compacto que rellenaba el interior de la sepultura 21 de la fase IIIB, situada en el espacio habitacional del sector 36, la cual fue violada con la excavación de la zanja. *Grosso modo*, el material presente no difiere mucho del documentado en los estratos anteriores, cerámica común de tradición indígena, cerámica de cocina romana y paredes finas (un asa), el cual proporciona a estos estratos y a la zanja la misma cronología que al derrumbe de pizarra de color rojizo.

Hasta el momento, la zanja es la única estructura que se puede vincular claramente a la fase romana, aunque no debemos descartar la hipótesis del reaprovechamiento de alguna estructura argárica por los romanos, como hemos señalado anteriormente. Esta zanja, al igual que la documentada en los sectores 25-50, presenta una sección en U, con una anchura máxima en la parte superior de casi dos metros y una profundidad de más de un metro y medio. Se extiende con una dirección N-S desde el Sector 42 hasta el límite sur del sector 36, sin que se haya podido definir y delimitar por el momento sus límites y extensión. El trazado de la misma ha cortado las estructuras y los estratos arqueológicos de la Edad del Bronce hasta la roca e incluso la mencionada tumba 21, como demuestra, por un lado, la presencia en el interior del relleno de la sepultura de pequeños fragmentos de cerámica común de tradición ibérica y, por otro, la desaparición de la cubierta de la misma y de parte de los huesos del inhumado. Su excavación supuso además la alteración de los estratos de las zonas cercanas hasta niveles muy profundos, como evidencia la presencia de algún fragmento de cerámica común.

Sector 37

Este sector de planta rectangular, se sitúa contiguo por el sur al Corte 42 y al oeste del Corte 36 (Fig. 7).

Éste fue objeto de intervención en la campaña de 2005, excavándose únicamente los primeros niveles estratigráficos hasta el techo de las primeras estructuras. El escaso volumen cerámico recuperado, básicamente cerámica común de tradición ibérica y cerámica ibérica de cocina, procede de las dos unidades sedimentarias excavadas, el estrato superficial y el primer derrumbe de pizarra así como también del relleno de un hoyo de furtivos situado en el extremo NE de este sector, junto el sector 42 y por debajo de la unidad superficial. Dicho material ofrece una cronología similar a la propuesta para los sectores cercanos, s. II-I a.C.

Sector 40

Este pequeño sector, situado entre el corte 37 al este y el corte 38 al oeste, también fue excavado durante la campaña de 2005 (Fig. 7). Aunque con esta intervención no se alcanzaron los niveles más profundos y la roca sí se pudieron exhumar diferentes estructuras que formarían parte de un espacio habitacional argárico aún por determinar (Contreras *et al.*, 2010).

Respecto a la fase romana, hasta el nivel en el que se paralizó la excavación, se documentó escaso material cerámico y la mayoría se encontraba en el nivel superficial y en la parte superior del derrumbe de las diversas estructuras. Básicamente, se trata de amorfos de cerámica común y de cocina de tradición ibérica, un borde de olla ibérica de pasta grosera y varios amorfos de posible ánfora ibérica. Por el contexto en el que aparece dicho material, al igual que en algunos sectores anteriores, se pueden extraer escasos datos concluyentes, a excepción de que el mismo demuestra la existencia de una fase romana que se extendería desde el s. II a.C. hasta el s. I d.C.

Sector 38 y 39

Ambos sectores, unidos entre sí, se sitúan en el extremo más occidental de la ladera sur y zona superior del cerro, entre los cortes 40 y 41 al este, y el desfiladero natural de más de 30 m de altura al oeste, el cual actuaría de defensa natural por este flanco del yacimiento a lo largo de las diferentes fases de ocupación (Fig. 7). De los dos, el primero de ellos fue excavado casi en su práctica totalidad hasta el nivel de roca, en 2005, mientras que en el segundo (Sector 39) se desmontaron únicamente el nivel superficial y la parte superior de los derrumbes. Esta campaña de excavación permitió definir diferentes espacios de habitación y de circulación de época argárica al interior de los grandes muros de aterramiento, los cuales varían según la fase de ocupación (Contreras *et al.*, 2010).

Al igual que en el sector anterior, el escaso material cerámico recuperado de época romana procede del nivel superficial y del derrumbe de las estructuras argáricas. Se caracteriza por encontrarse muy desgastado y deteriorado ya que se trataría de material de arrastre. Entre éste, siguiendo la tónica general de otros sectores, encontramos cerámica común de tradición ibérica, diversos fragmentos de cerámica de cocina de tradición ibérica y de ánfora ibérica, además de un posible amorfo de ánfora itálica y otro de cocina también itálica, todo ello,

mezclado con cerámica a mano de la Edad del Bronce. Este material proporciona una cronología para estos estratos superficiales muy similar a la del sector anterior, es decir, entre el s. II y I a.C.

Sin embargo, es evidente que la presencia de cerámica romana en los niveles medios y profundos de los derrumbes de las estructuras argáricas de los diferentes sectores de la acrópolis, parece demostrar la hipótesis planteada en párrafos precedentes de que muchas de estas estructuras aún se encontraban emergentes en superficie a la llegada de los romanos a la cima de este cerro.

Ladera sur, terraza media

En esta ladera, además del sector 39, el único sector excavado ha sido el Sector 2 (Fig. 7). Su excavación se inició en la primera campaña de excavación de este yacimiento en 1987 y se volvió a retomar en la campaña de 2010. Durante esta última intervención se documentaron en las nuevas zonas de excavación algunos fragmentos cerámicos de época romana, concretamente, en el nivel superficial y en el relleno de una zanja reciente de los furtivos. A pesar de que se trata de un material de arrastre se han identificado algunas formas, como un borde de vaso de cerámica común de tradición ibérica, que podrían proporcionar una cronología de época romana republicana a estos contextos secundarios.

Ladera Norte: Terraza superior

En esta zona, situada inmediatamente debajo de la corona del cerro, se han excavado diversos sectores, concretamente, de este a oeste, los siguientes: 32, 44, 28, 26, 51 y 33. En estos, al margen de los espacios habitacionales y pasillos de época argárica, también se ha constatado material cerámico de época romana, (Lám. 1), aunque su volumen es ostensiblemente inferior al documentado en los sectores de la cima del cerro.

Grosso modo, el material recuperado se hallaba, como en la ladera sur, en contextos de arrastre, en la cobertura vegetal y el derrumbe de pizarras de la última fase de ocupación argárica (Fase III0), producto de la erosión de la parte alta del cerro y de su posterior deposición en estas zonas. A pesar de que el material, compuesto fundamentalmente por cerámica común romana de tradición ibérica y por cerámica de cocina, se encontraba muy rodado y alterado, se han podido documentar y reconocer varias formas cerámicas, como un borde de una tapadera de cerámica común de tradición ibérica del grupo 62110 del Cerro de la Cruz (Vaquerizo *et al.*, 2001), un pie anular de una posible imitación en cerámica común ibérica de un plato de Barniz Negro B, o un borde de lebrillo de cerámica común de tradición ibérica (Forma 4.1, Peinado, 2010: 204) y un borde de una olla de cerámica de cocina ibérica. Dicha cerámica proporciona una cronología entre el s. II-I a.C. para estos contextos de arrastre, que corroboran una vez más la existencia en la cima del cerro una importante fase de ocupación romana. Además de esto, pocas conclusiones más se pueden extraer ya que tanto el material como los contextos en los que se encuentran son secundarios.

Ladera Norte: terraza media e inferior, Sectores 14 y 43

Prácticamente, ambas terrazas fueron excavadas en extensión durante las primeras campañas de excavación de Peñalosa aprovechando el descenso del nivel de agua del pantano del Rumblar, que cubre gran parte del mismo (Contreras, 2000). Si bien, en el 2005, ante el nuevo descenso de las aguas del embalse, se decidió intervenir nuevamente en el único espacio que se quedó sin excavar, los sectores 14 y 43. Desde un primer momento se sugirió que en esta zona, situada entre los espacios habitacionales Grupo Estructural IV, al norte, y el Grupo Estructural VI, al sur, se encontraría una gran cisterna, como posteriormente se pudo confirmar, en la cual se almacenaría el agua de la lluvia. Ésta tenía unas dimensiones excepcionales, con un mínimo excavado de 8,5 x 4 x 6 m y un estimado que puede alcanzar los 12 x 9 x 6 m, es decir, entre 204000 y 648000 litros de capacidad en la fase más antigua, pudiendo ser mayor la capacidad en la fase reciente al elevarse los muros perimetrales (Contreras *et al.*, 2010; Moreno *et al.*, 2008).

Durante el proceso de excavación de esta área, en los potentes rellenos estratigráficos que colmataron esta cisterna tras su abandono al final de la Edad del Bronce, se pudo documentar cerámica de época romana aunque en escaso número y muy rodada, ya que se trataría de material de arrastre procedente de las partes altas del cerro. En su mayoría, este material se encontraba en el nivel superficial y en los potentes estratos de pizarras procedentes del derrumbe de las diversas estructuras de la cisterna y de la erosión de las terrazas superior y media de esta ladera. Dichas unidades estratigráficas se situaban por encima del importante derrumbe de la visera natural de pizarra que cubría parte de la cisterna y de la pequeña capa de limos del fondo. La caída de la cubierta se debió de producir antes de la llegada de los romanos y de la fase de ocupación de época alto medieval, como demuestra la estratigrafía y la inexistencia de cerámica de dichas épocas en estos estratos más profundos. En este sentido debemos recordar que durante la campaña de excavación del 89 se documentó, en los primeros niveles superficiales de la esquina NE del Sector 14, una sepultura de incineración vinculada por sus excavadores a época alto medieval (Contreras *et al.*, 1991)

Entre la cerámica documentada, básicamente común romana de tradición ibérica, se han diferenciado algunas formas, como un borde de *pithoi* de ibérica pintada o un cuenco de paredes curvas de cerámica común de tradición ibérica, que proporcionan a estos estratos secundarios de arrastre una cronología bastante dilatada e imprecisa entre el s. II y I a.C.

CONCLUSIONES. HACIA LA DEFINICIÓN DE PEÑALOSA ROMANA

Como se ha podido comprobar en los apartados anteriores, la mayor parte de la cultura material estudiada de esta fase romana aparecía, a excepción de algunos estratos documentados en sectores de la cima del cerro, mezclada con material arqueológico de la Edad del Bronce en contextos secundarios muy alterados, como son el nivel superficial o cobertura vegetal y los primeros niveles del derrum-

be de las estructuras argáricas. Esto ha hecho que sea muy complicado definir y caracterizar el asentamiento de este periodo histórico que se asentó en la cima de este cerro. Aún así, con el volumen de información con el que contamos, se pueden apuntar algunas hipótesis acerca de cómo sería el yacimiento en época romana, su extensión, por qué se instaló en este cerro o cuál fue su papel dentro del patrón de asentamiento de esta cuenca minera del Alto Guadalquivir.

Por el momento, al nivel en el que se encuentra la excavación del yacimiento de Peñalosa, no se ha podido definir y determinar claramente estructura alguna vinculada a la fase romana, a excepción de las dos zanjas mencionadas y del posible suelo de circulación documentado en el Sector 25. Ello, como se ha señalado en otras ocasiones, podría haber estado determinado no sólo por los propios procesos post-deposicionales, tanto naturales como antrópicos, como también por la escasa entidad de las propias estructuras que pudieron ser construidas con elementos perecederos (madera, ramas) de los que actualmente no nos ha quedado constancia. Otra explicación podría ser la reutilización de muchas de las construcciones argáricas, aún emergentes a la llegada de los romanos, las cuales pudieron ser restauradas elevando su alzado. Si bien, tras su desplome y los procesos erosivos naturales, estos derrumbes quedarían mimetizados entre los diferentes estratos arqueológicos de la Edad del Bronce, siendo muy difícil diferenciarlos durante el proceso de excavación. Probablemente, el único derrumbe vinculado a estos posibles alzados murarios de época romana fuera el documentado en los Sectores 41 y 42, ya que su textura y color era muy diferente a las de las fases argáricas, además de que el material romano prevalece sobre la cultura material de la Edad del Bronce.

Como decimos, las dos zanjas son las únicas estructuras reconocidas. Éstas, paralelas entre sí y separadas por unos escasos 10 m., fueron abiertas con una dirección N-S en la vertiente oriental de la Acrópolis Oeste de Peñalosa, la vía de acceso a la corona del cerro más fácil, ya que los demás flancos de este espolón se encuentran delimitados y protegidos naturalmente por cortados o desfiladeros de más de diez metros de altura, al oeste y norte, y por el arroyo Salsipuedes, al sur. La situación de las mismas nos lleva a plantear que estas construcciones debieron tener un marcado carácter defensivo cuyo principal objetivo sería dificultar el acceso a la cúspide del cerro por dicho costado este (Lám. 6).

La dispersión y concentración de gran parte de los materiales arqueológicos y posibles estructuras de época romana en la zona alta parecen evidenciar claramente que el asentamiento de esta fase se ubicaría estrictamente en la cima del cerro, y más concretamente, en el espolón más elevado conocido como Acrópolis Oeste (Lám. 6). Ésta, como hemos señalado, se trata del área mejor defendida naturalmente de todo el cerro y desde la que se tiene un



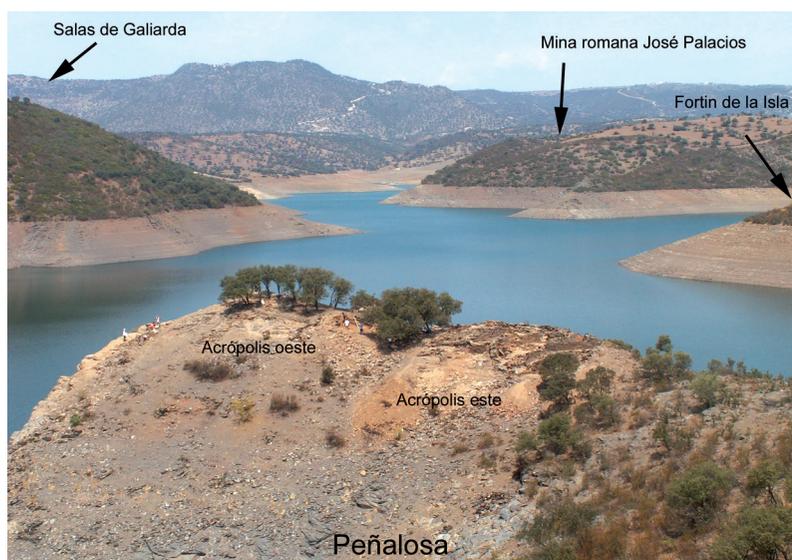
Lám. 6: Vista general del acrópolis oeste y de la posible área del asentamiento romano (Proyecto Peñalosa).

gran control del territorio circundante, estando conectado visualmente con otros yacimientos de mayor entidad y de la misma época, como Salas de Galiarda (Lám. 7).

Asimismo, dicho yacimiento, por el volumen y la dispersión del material arqueológico recuperado en la cima, debió de tener una escasa entidad y unas dimensiones reducidas y, por tanto, estar ocupado seguramente por un grupo poblacional limitado. En este sentido, la propia tipología de la cerámica documentada, básicamente funcional (de mesa y cocina) y de almacenaje/transporte, así como el hallazgo de algún elemento bélico (proyectil de plomo) junto a la ubicación del asentamiento parecen apuntar también hacia que el mencionado grupo reducido que habitó esta posición posiblemente pudiese relacionarse con un pequeño destacamento militar romano.

Ante estos datos, una de las preguntas a contestar sería ¿qué tipo de yacimiento es el que ocupó la cima de este cerro? Por el momento, el registro arqueológico no nos permite determinar con claridad y contundencia ante qué tipo de asentamiento nos encontramos, si un pequeño fortín al estilo de los que se han documentado en la zona (Lizcano *et al.* 1990), una torre o un puesto de vigilancia y control que albergarían un reducido destacamento militar. En todo caso, lo que sí parece evidente es que este yacimiento, por su situación estratégica, debió estar vinculado al control del territorio y de las vías de comunicación y pasos naturales del interior del valle del Rumblar. A este respecto debemos recordar dos cuestiones fundamentales que nos pueden ayudar a comprender y entender el sentido de la localización de este yacimiento.

La primera es que la cuenca del Rumblar se trata de un territorio minero cuyas numerosas minas de cobre y galena argentífera, como la mina del El Polígono, Salas de Galiarda, José Palacios o El Centenillo, fueron explotadas durante la Prehistoria Reciente y posteriormente, de manera más intensa, en época romana (Contreras *et al.*, 2010; Arboledas, 2010). Esta explotación intensiva de las minas en el periodo romano, fundamentalmente desde el s. II a.C. hasta finales del s. I d.C., supuso la creación en esta región



de toda una serie de yacimientos vinculados directa e indirectamente a la actividad minero-metalúrgica, como son los poblados mineros, las fundiciones (Cerro del Plomo o Fuente Espí) y los poblados minero-metalúrgicos fortificados o “castilletes (Salas de Galiarda). En conexión con estos poblados fortificados, dentro de la estructura poblacional de la cuenca, se ha documentado también un complejo sistema de fortines, situados todos ellos en cerros escarpados con gran control visual, que se han vinculado a la vigilancia de las explotaciones mineras y de las rutas de comunicación. Un ejemplo de estos es el fortín de la Playa del Tamujoso y, posiblemente, el asentamiento que documentamos en la cima de Peñalosa (Arboledas, 2010).

La segunda cuestión se refiere a que por las cercanías del yacimiento de Peñalosa, como hemos propuesto y analizado en otros trabajos (Arboledas, 2010), discurriría seguramente el trazado de la calzada romana que unía Cástulo con Sisapo, dos de los centros mineros más importantes a un lado y otro de Sierra Morena oriental. Dicha vía partiría desde Cástulo en dirección norte, atravesando la actual ciudad de Linares. A partir de esta localidad pudo haber seguido, o bien por el Cordel de Linares a Guarromán, salvando a su paso el río Guaditel, y desde ahí a Baños; o bien por el límite sur del distrito minero linarense. A partir de Baños este camino pudo seguir dos trazados: uno, vadeando el Rumblar por Valdeloshuertos y Morquigüelo, camino hacia los Escoriales, la Cañada Real de la Plata por la Mojonera hasta alcanzar el Hoyo y desde aquí continuar por Mestanza hasta unirse con la calzada que, desde Sisapo llega a Carcuvium; el otro, recorrería el camino de San Lorenzo hasta El Centenillo y el puerto de Navalgallina hasta el Hoyo, para conectar posteriormente con Sisapo. La primera de las alternativas pasaría a escasos metros de Peñalosa y del Fortín de la Playa del Tamujoso. Si bien, ambos recorridos durante los ss. II a.C. y II d.C.

estarían salpicados de explotaciones mineras, fundiciones, poblados fortificados y fortines (minas del Polígono, Salas de Galiarda o Los Escoriales, Castillo de Baños y Peñalosa) y asentamientos rurales y villas (Arboledas, 2010).

Además de estas cuestiones, en cuanto a la cronología de esta fase romana, el material arqueológico exhumado nos indica de la existencia de una ocupación que se iniciaría a finales del s. II a.C. e inicios del s. I a.C. y se prolongaría hasta la segunda mitad del s. II d.C. No obstante, hasta el momento no ha sido posible comprobar si esta ocupación fue ininterrumpida o, por lo contrario, hubo algún hiato o diferentes fases, ya que el material arqueológico se hallaba en contextos muy alterados y superficiales. Dicha cronología concuerda

y coincide con la asignada a otros fortines romanos de esta zona, como el de la Playa del Tamujoso y los de la cuenca del Jándula (Pérez *et al.*, 1992; Arboledas, 2010), así como a la propuesta para la mayoría de las explotaciones mineras y yacimientos minero-metalúrgicos romanos (fundiciones, poblados y fortines) de esta región de Sierra Morena, que fueron fechados grosso modo entre el s. II a.C. y el s. II d.C.⁸, el momento de máximo esplendor de la explotación de las minas de esta cuenca.

Por tanto, la mayoría de los datos apuntan hacia la hipótesis de que este yacimiento de la cima del cerro de Peñalosa se trataría de un enclave o puesto defensivo y de control (fortín?) que formaría parte del complejo sistema de fortines y poblados minero-metalúrgicos fortificados relacionados con el beneficio directo de los recursos mineros y, sobre todo, con la vigilancia de los pasos naturales y caminos romanos (vía Cástulo-Sisapo) que comunicaban las diferentes minas del distrito con los principales centros urbanos del valle del Guadalquivir, Cástulo y Cantigi, y a través de los cuales se comercializaría el metal obtenido en estas minas (plata, plomo y cobre).

Este férreo control del territorio podría responder o vincularse a la inestabilidad en la zona a lo largo del s. I a.C. (por la cronología aportada por el material arqueológico, con la Guerra Sertoriana o por la Guerra Civil entre Pompeyo y César) ya que las explotaciones mineras se encuentran en áreas aisladas, escarpadas, de difícil acceso y alejadas de los grandes centros, lo cual favorecería la proliferación de revueltas y de actos vandálicos. Al respecto, no debemos olvidar el clima de inseguridad que se vivió en algunos momentos de la II Guerra Civil en el Saltus Castulonensis, región en la que se encuadra esta cuenca minera del Rumblar, la cual era el paso natural hacia el Levante desde el valle del Guadalquivir, así como el límite fronterizo entre las provincias de la Bética y Tarraconense.

8) En este distrito minero conocemos varias fundiciones de gran entidad, fundamentalmente, Fuente Espí y La Fabriquilla, que se han fechado entre los ss. I y II d.C. como demuestra el material recuperado de las mismas (material de excavación y de prospección) (Choclán *et al.*, 1990; Arboledas, 2010). Esto es una evidencia clara de que algunas minas de esta zona, no todas, continuarían explotándose en el s. II d.C., pero seguramente no con la misma intensidad que en los siglos precedentes (Arboledas, 2010).

Buena prueba de ello es la carta que Asinio Polion, legado de Julio Cesar en la Ulterior desde el año 44 a.C., escribió a su amigo Cicerón, en la cual hace referencia tanto a los constantes latrocinios que se producían en esta zona como a la existencia de diferentes puestos establecidos por ambos bandos que examinaban o detenían a los mensajeros (tropas de Pompeyo y de Cesar) (Cicerón, Ad fam. 10, 31, 1. en Contreras de la Paz, 1960).

Por ello, no descartamos, como hemos señalado anteriormente, la existencia en estos fortines y poblados fortificados, y más concretamente en Peñalosa, de algún destacamento militar con tareas de vigilancia y defensa. Con este hecho se podría vincular la tipología de cerámica registrada en este yacimiento y, sobre todo, el proyectil de plomo documentado en la cima que muestra evidencias de haber sido usado. Sabemos que este tipo de arma arrojada, es decir, la honda, era manejada por hábiles honderos que formaban parte de las tropas auxiliares romanas, fundamentalmente de la infantería ligera, junto a los arqueros. Dentro del Imperio Romano fueron muy famosos los honderos baleáricos, como indican las citas de Diodoro de Sicilia (B.H., V, 17-18) y Estrabón (Geo. III. 5.1) (Plana y Madrid, 1994), los cuales estaban integrados en los ejércitos de César y Pompeyo que lucharon durante la II Guerra Civil en la Península Ibérica (Contreras *et al.*, 2006-2007).

En definitiva, es muy probable que los restos romanos de la cima de Peñalosa correspondieran a un puesto defensivo y de control de pequeño tamaño, como los que menciona Asinio Polion, en el que existiría un pequeño grupo o destacamento militar con tareas de vigilancia del territorio y de los caminos. Esto explicaría la escasez de cultura material como de estructuras debido a su escasa entidad y su eventualidad en el tiempo.

Por último, tras el abandono de este yacimiento en la segunda mitad del s. II d.C., este cerro sería ocupado nuevamente en los primeros siglos de la etapa altomedieval. La documentación de cerámicas medievales no vidriadas nos sugiere una datación emiral-califal, quizá durante los primeros momentos de ocupación islámica, un periodo ciertamente convulso. Evidentemente, los escasos restos arqueológicos documentados indican que se trataría de un yacimiento de escasa identidad, sin que se pueda extraer alguna conclusión más.

BIBLIOGRAFÍA

ALARCÓN GARCÍA, EVA (2010): **Continuidad y cambio social. Las actividades de mantenimiento en el poblado argárico de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén)**, Tesis doctoral. Universidad de Granada.

ARBOLEDAS MARTÍNEZ, L. (2010): **Minería y metalurgia romana en el Sur de la Península Ibérica: Sierra Morena oriental**. BAR International Series 2121, Oxford.

ARBOLEDAS MARTÍNEZ, L. y CONTRERAS CORTÉS, F. (2010): "La mina del Polígono o Contraminas (Baños de la Encina, Jaén). Evidencias de la explotación de mineral de cobre en la antigüedad", **Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada** n. 20, pp. 355-379.

CHOCLÁN SABINA, C, MARTÍNEZ, P. y SÁNCHEZ, M^a. C. (1990): "Prospección con sondeo arqueológico

en el yacimiento de Fuente Spys-Santana, La Carolina (Jaén)", **Anuario Arqueológico de Andalucía 1987. III. Actividades de Urgencia**, pp. 384-389.

CONTRERAS CORTÉS, F. (coord.) (2000): **Proyecto Peñalosa. "Análisis histórico de las comunidades de la Edad del Bronce del Piedemonte Meridional de Sierra Morena y Depresión Linares-Bailen**, Arqueología Monográfica 10, Sevilla.

CONTRERAS CORTÉS, F. y CÁMARA SERRANO, J. A. (2002): **La jerarquización social en la Edad del Bronce del Alto Guadalquivir (España). El poblado de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén)**. BAR International Series 1025, Oxford.

CONTRERAS CORTÉS, F., CÁMARA, J.A., MORENO, A. y ARANDA, G. (2004): "Las sociedades estatales de la Edad del Bronce en el Alto Guadalquivir (Proyecto Peñalosa. 2ª Fase). V Campaña de Excavaciones (2001)", **Anuario Arqueológico de Andalucía 2001. II Actividades sistemáticas**, pp. 24-38.

CONTRERAS CORTÉS, F., CÁMARA, J. A., MORENO, A., ALARCÓN, E., ARBOLEDAS, L., SÁNCHEZ, M. y GARCÍA, E. (2010): "Nuevas excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén). Informe de la 6ª Campaña", **Anuario Arqueológico de Andalucía 2005. II. Actividades Sistemáticas**, pp. 1797-1810.

CONTRERAS CORTÉS, F., MORENO, A., ARBOLEDAS, L., ALARCÓN, E., CÁMARA, J. A., RIVERA, J.M. y CORTÉS, S. (en prensa): "Excavaciones arqueológicas en el poblado de la Edad del Bronce de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén). Informe de la 7ª campaña (2009-2010)", **Anuario Arqueológico de Andalucía 2010. Jaén**, Sevilla.

CONTRERAS CORTÉS, FRANCISCO, MORENO, A. y CÁMARA, J.A. (2010): "Los inicios de la minería. La explotación del mineral de cobre". En F. CONTRERAS y J. DUEÑAS (Dir.): **La minería y la metalurgia en el Alto Guadalquivir: desde sus orígenes hasta nuestros días**, Instituto de Estudios Giennenses, Diputación Provincial de Jaén, Jaén.

CONTRERAS CORTÉS, F., NOCETE, F., SANCHEZ, M., LIZCANO, R., PEREZ, C., CASAS, C., MOYA, S., CÁMARA, J.A. (1991): "Tercera campana de excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaen)", **Anuario Arqueológico de Andalucía 1989. II. Actividades Sistemáticas**, pp. 227-236.

CONTRERAS, F., MÜLLER, R., MONTANER, J. y VALLÉ, F. (2006-2007): "Estudio pormenorizado de los glan-des del plomo depositados en el CEHIMO", **Cuadernos del Cuadernos del CEHIMO**, n. 33, pp. 25-62.

CONTRERAS DE LA PAZ, R. (1960): "Bandolerismo hispano y guerra civil en el Salto Castulonense en el año 40 anterior a la Era Cristiana, (de una carta de Asinio Polión a Cicerón)", **Revista Oretania** n. 4, pp. 149-154.

JARAMILLO JUSTINICO, A. (2005): **Recursos y materias primas en la Edad del Bronce del Alto Guadalquivir, medioambiente y el registro arqueológico en la cuenca del río Rumblar**. Tesis doctoral. Universidad de Granada.

LIZCANO, R., NOCETE, F., PÉREZ, F., CONTRERAS, F. y SÁNCHEZ, M. (1990): "Prospección arqueológica sistemática en la cuenca alta del río Rumblar", **Anuario Arqueológico de Andalucía 1987. II. Actividades Sistemáticas**, pp. 51-59.

MORENO ONORATO, A., CONTRERAS, F., CÁMARA, J. A., ARBOLEDAS, L., ALARCÓN, E. y SÁNCHEZ, M. (2008):

“Nuevas aportaciones al estudio del control del agua en la Edad del Bronce. La cisterna de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén)”, **Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada**, n. 18, pp. 371-395.

PEINADO ESPINOSA, M^a.V. (2010): **Cerámicas comunes romanas en el Alto Guadalquivir**. Tesis doctoral. Universidad de Granada.

PÉREZ BAREA, C., NOCETE, F., MOYA, S., BURGOS, A. y BARRAGÁN, M. (1992): “Prospección Arqueológica Sistemática de la cuenca del río Jándula”, **Anuario Arqueológico de Andalucía 1990, II. Actividades Sistemáticas**, pp. 99-109.

PLANAS PALAU, A. y MADRID AZNAR, J. (1994): **La útil Honda Balear nutrida de Plomo (Silio Italico)**, Eivissa.

RAMÓN TORRES, J. (2006): “Les àmfores altimperials d’Ebusus”, **Monografies** 8, pp. 241-270.

SERRANO RAMOS, E. (1995): “Producciones de cerámica comunes locales de la Bética”. AQUILÚE, X. y ROCA, M. (Coords.), **Cerámica Comuna romana d’època Altoimperial a la Península Ibérica. Estat de la qüestió**. Monografías Emporitanes VIII, pp. 227-250.

VAQUERIZO GIL, D., QUESADA SANZ, F. y MURILLO REDONDO, J.F. (2001): **Protohistoria y romanización en la Subbética cordobesa: una aproximación al desarrollo de la cultura ibérica en el sur de la actual provincia de Córdoba**. Arqueología Monografías, Conserjería de Cultura, Sevilla.

VÖLLING, T. (1990): “Funditores im römischen Heer”, **Saalburg Jahrbuch n. 45**, pp. 24-58.

